

sorprende al atravesar la refinadísima fachada consistorial, puede parecer tan inesperada como este desproporcionado contrarresto que no se justificaría en modo alguno por razones tectónicas, ya que se diría preparado para contener la fuerza expansiva de un gas presurizado a muchas atmósferas en la linterna. Quizá Riaño quiso conectar visualmente su cúpula con la densa trama de estos elementos que apoyan las naves catedralicias, lo mismo que sitúa unos absurdos pináculos sobre el pasamanos de la balaustrada que corona su clásica fachada exterior.

En todo caso, la sensibilidad de nuestro momento, condicionada por las últimas fluctuaciones de la crítica y la práctica arquitectónicas, ya no experimenta rechazo ante estos recursos heréticos y puede recibir, mejor que en otros tiempos, todas estas superposiciones, contradicciones y anacronismos en los que es tan abundante nuestra arquitectura renacentista, como testimonios de una personalidad defenestrada y lúdica que no retrocede ante el uso de referencias eclécticas, con un grado de libertad que las posteriores visiones académicas, con su normativa estricta, nos hacían difícil perdonar.—F. J. DE LA PLAZA SANTIAGO.

ESTELLA, Margarita, *La escultura barroca de marfil en España. Escuelas europeas y coloniales*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1984. Tomo primero, *Texto y láminas*, 208 p. y 395 fotografías. Tomo segundo, *Catálogo*, 524 p.

Nunca más justificada la frase de que este libro viene a llenar un hueco. Obra esperada, de cuya materia teníamos muchas piezas, pero apenas información y conocimientos para hacer siquiera una elemental clasificación. Porque las esculturas de marfil que reflejaban un carácter italiano, no se sabía ciertamente si pudieran ser italianos. Y del frondoso repertorio de esculturas filipinas, había que empezar a separar las que correspondían al Indostán.

La autora debe ser felicitada por la titánica labor de acopiar información y clasificar este enorme arsenal de obras, que ahora van a permitir a los que no tienen sus conocimientos hacer lo propio usando su experiencia. Este libro nace ya como un gran maestro.

La tarea ha resultado difícil porque faltaban estudios particulares previos, si se descuentan trabajos monográficos, como los dedicados a Núñez Delgado. Por otro lado la mínima documentación hallada es un gran inconveniente para clasificar correctamente.

La primera parte del estudio se aplica a los marfiles españoles. De España, la zona más activa es Sevilla. Además de Núñez Delgado, se sabe de trabajos de Pablo de Rojas y Martínez Montañés. Pero asimismo hay obras que reflejan el estilo de Alonso Cano y de Pedro de Mena. En cuanto a la Corte, se mencionan obras en marfil de Antonio Spanu y Miguel Angel Leoni. Las demás escuelas quedan sin representación en el marfil, que se sepa. El marfil es un material raro y caro. La llegada de colmillos a Sevilla favoreció su talla. En cuanto a que escasee la talla en marfil por artistas españoles, hay que atribuirlo a la importación masiva de esculturas de Filipinas.

Precisamente en estos marfiles hispano-filipinos se ha centrado Margarita ESTELLA. En el denso tráfico comercial de Filipinas entró la escultura de marfil. En estas islas se desarrolló una producción artesanal pero prácticamente industrializada dada la insistencia con que se repiten los modelos. Tuvo que ser una fabricación a bajo costo, debido a esta seriación y a la mínima exigencia de la mano de obra. Respecto a ésta, queda claro que por lo común serían los chinos emigrados o "sangleses". Las esculturas habrán servido en buena manera en las tareas de la evangelización, dado que la catequesis no se concibe sin imágenes. Pero debido a su exotismo, los fabricantes caerían en la cuenta del valor que estas piezas, de material tan preciado, tendrían en la Península. Esto determinó la exportación.

Se describen los caracteres estilísticos y tipológicos de las obras, que sufren escasas va-

riantes, lo que indica la existencia de modelos que se copiaban sistemáticamente. La datación se hace extremadamente difícil, debido a la escasa documentación. Dato firme viene a ser la fecha de importación de piezas en España. De gran alivio a este propósito es que el magnífico conjunto de esculturas hispano-filipinas de Medina de Rioseco se pueda fechar con fiabilidad hacia 1650. Entre las series estudiadas figuran las del Niño Jesús, en cuna, y el niño como Buen Pastor, colocado en una montaña.

El estudio de los marfiles indostánicos permite abrir los ojos respecto a un riesgo: hacer todo hispano-filipino. Se consideran en esta parte las piezas luso-indias, que a su vez congregan tres variantes, las propiamente indo-portuguesas, las cingalo-portuguesas y las chino-portuguesas. Se analizan también los caracteres estilísticos, pero con todo se hace en ocasiones dificultoso establecer una clasificación nítida, pues aunque las figuras del Niño Jesús como Buen Pastor son más propias del territorio indostánico, también se ejecutaron en Filipinas conforme a estos modelos. En el estilo cingalo-portugués se clasifica la espléndida arqueta de Medina de Rioseco.

Otro grupo de esculturas de marfil es el hispano-americano. No hay que olvidar que el comercio entre España y Filipinas se hacía a través de Méjico, por medio del barco de Acapulco. De esta suerte hay un reflejo de la eboraria hispano-filipina sobre América. Pero de todas suertes existen piezas con caracteres propiamente americanos.

El tomo segundo de la obra se destina a Catálogo. Las más de mil piezas catalogadas indica la importancia del trabajo. Cada ficha recoge la totalidad de los datos de información, estilo, bibliografía, etc. Una nutrida colección de fotograbados enriquece esta obra, que será manual obligado para cuantos se interesen por el arte del marfil en España.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

NAVASCUES PALACIO, Pedro y HURTADO OJALVO, Pedro, *La Casa de Ayuntamiento de Madrid*, Instituto Nacional de Fomento a la Exportación y Tecniberia, Madrid, 1985, 414 p., planos y fotografías en negro y color.

Se hacía necesaria una monografía dedicada al Ayuntamiento madrileño, desde el que se regentó la vida de la villa en los tiempos modernos. Ciertamente la Plaza Mayor ha acaparado, con justicia, el interés de los historiadores; el hecho de que en Madrid el Consistorio se muestre separado de su ámbito sin duda ha ocasionado esta marginación. Esta monografía devuelve el rango que este edificio poseyó. Y se ha hecho una publicación con generosidad, pero no excesiva si de alguna manera se quería patentizar el alto papel asumido por la institución. Además, había méritos suficientes en el edificio para emprender una edición lustrosa. Hay que empezar por ensalzar el valor material de la edición, en la cual el gasto está gobernado por un inteligente empleo. El tipo de letra, los epígrafes, los diseños y las fotografías, ofrecen una obra editada con elegancia y clásico pergeño.

NAVASCUÉS se ha ocupado de narrar en siete capítulos las vicisitudes del edificio. Esta ordenación clarifica el papel desempeñado a lo largo del tiempo. Su tipología enlaza con la de otros consistorios españoles, pero depura su imagen (que es la de la ciudad, como reza el capítulo), hasta el punto de constituirse en "un acabado ejemplo de lo que se ha venido en llamar arquitectura de los Austrias". Es un edificio que acentúa el carácter "civil" de Madrid. En 1629 el Rey concedía licencia para levantar el Ayuntamiento. El alineamiento y el volumen del edificio, que proyecta Juan Gómez de Mora, alarman a los propietarios de inmuebles vecinos y sobre todo a la nobleza, de suerte que el proyecto se ve frenado por intereses contrarios a la causa pública durante varios años. El gran prestigio de Juan Gómez determinó que se le confiara la traza, lo mismo que en el caso de la Plaza Mayor. En 1629, según NAVASCUÉS, haría Gó-